

Poder maléfico y espíritus inmundos: magia e idolatría en los siglos del románico

Alejandro García Avilés
Universidad de Murcia

Desde los primeros tiempos del Cristianismo, los Santos Padres denunciaron la idolatría, junto a los sacrificios, como principales definidores del paganismo. En los salterios carolingios y los homilarios bizantinos altomedievales se constata que los demonios habitan los ídolos y merodean los altares de los sacrificios para poseer a los crédulos paganos y servir de instrumento a los magos para debilitar la fe de los cristianos.

Los cultos grecorromanos habían hecho de las imágenes su vehículo principal de comunicación con los dioses, y el Cristianismo surge como una religión anicónica en un entorno religioso poblado de imágenes. En el arte románico -y a lo largo de toda la Edad Media- la magia y la idolatría se erigen en epítomes del mal. Los apologistas cristianos consideraron que los prodigios operados por las imágenes de los dioses paganos se debían a la acción de los demonios. Los santos padres postularon que los demonios se introducían en las estatuas para engañar a los hombres y que ofrecieran a los dioses sangrientos sacrificios que luego ellos devorarían con fruición. Desde el siglo IV, la evangelización suponía también hacer que los demonios fueran expulsados de las estatuas a las que poseían. En la Antigüedad Tardía proliferan los relatos en los que los falsos ídolos paganos son exorcizados por los misioneros cristianos. El Código de Teodosio estableció la obligación de inscribir el signo de la cruz en las estatuas paganas, practicando así un exorcismo que alejaría a los demonios de su interior.

En algunas obras del arte románico el ídolo mismo adquiere la forma de un demonio, en otras, los demonios que merodean para recibir los sacrificios presentados a los falsos dioses tratan de salvar a los ídolos de su inminente caída. En otros casos, los demonios que habitan las estatuas paganas huyen despavoridos ante la fuerza de la fe cristiana que los expulsa de sus habitáculos. Desde los primeros escritos cristianos, y especialmente desde san Agustín, la teoría pagana de la imagen fue objeto de controversia en el Occidente medieval. Entretanto, en el ámbito de la práctica artística, el Cristianismo transitó desde sus inicios como religión anicónica a convertirse en un culto idólatra que, en este sentido, en poco se diferenciaba de la religión pagana que comenzó combatiendo.